

**DISCURSO leído en la sesión celebrada por la Academia el 3 de junio de 1931, en honor del doctor Fernando López.**

POR EL DR. RAFAEL SILVA

**L**A Academia Nacional de Medicina que en más de sesenta años de existencia ha visto pasar por sus sitiales a todo lo que de más selecto y prestigioso ha florecido en el cuerpo médico mexicano, consagra hoy un homenaje al hombre de ciencia verdaderamente excelso y genial que llenó con su gloriosa carrera, durante medio siglo, los fastos de la vida médica nacional. Esta glorificación al inmenso desaparecido es, en mi sentir, un timbre más de prestigio para la Academia, porque no habiendo contado ya en su seno al distinguido cirujano en el momento de su muerte, no se dirá que cumple con un ritual de protocolo.

No os extrañe, señores, que sea yo quien haga un perfil, siquiera pálido del gran cirujano e ilustre oftalmólogo: mi devoción filial, mi amor fraterno y mi reconocimiento imperecedero por las sabias enseñanzas que me prodigara así como por la generosa ayuda que me dispensó, me dan un título que es casi un mandato para hacerlo.

El doctor Fernando López fué una figura digna de estudio que supo reunir dotes muy raras y de inmenso valor; como hombre fué un perfecto caballero, un amigo sincero y leal, con un corazón noble y caritativo; lleno de modestia y sencillez. Sus dotes de mando y administración unidas a una voluntad férrea y a un carácter profundamente disciplinado, le permitieron realizar dos empresas capaces por sí solas de hacer la reputación de un hombre; me refiero a su magna labor realizada en el Hospital Militar de Instrucción y a la organización y desenvolvimiento del Hospital General.

Su obra científica es inmensa y por lo tanto imposible juzgarla en unas cuantas palabras. Desde el principio de su carrera que inició en el Instituto Literario de García en Zacatecas, el año de 1873, hasta que logró alcanzar su título de Médico en la Escuela de Medicina de México, el 15 de enero de 1879, tuvo una serie no interrumpida de triunfos; alcanzó varios premios y honrosas calificaciones. Fué también hijo del Hospital Militar

de Instrucción al que ingresó en 1874; así es que al graduarse de médico obtuvo, también, el despacho de Mayor Médico Cirujano. Ya durante su carrera se había señalado por su juicio clínico sereno y reposado; pero su orientación definitiva estuvo marcada firmemente desde que fué alumno del ilustre y genial cirujano D. Francisco Montes de Oca. Don Fernando llegó a ser su discípulo predilecto y más tarde su distinguido sucesor en la cátedra de cirugía de urgencia en el Hospital Militar; también fué un brillante preparador y jefe de trabajos prácticos en la clase de Medicina Operatoria de la Facultad.

El Gobierno de la República como recompensa a su laboriosidad y buenos servicios le comisionó para ir a Europa a perfeccionar sus conocimientos ya muy notables en cirugía y para que hiciera, a la vez, estudios detenidos de oftalmología. Su gran amor a la oftalmología lo llevó a abreviar en las mejores clínicas francesas y fué discípulo muy estimado de los insignes maestros de Wecker, Landolt y Panás. Después de una prolongada y muy fructuosa estancia en el viejo mundo, fué él quien trajo, como una novedad científica, las curaciones de Lister cuyo uso introdujo en el ejército nacional. Este sistema de curaciones puede decirse que vino a satisfacer un gran anhelo en su vida de cirujano pues logró dominar y perfeccionar la antisepsia y después la asepsia a un alto grado en aquel momento científico, tanto que podemos llamarle sin hipérbole el fundador de la asepsia en México, desechando para siempre, en su práctica, todos los agentes químicos antisépticos así como el procedimiento del lavado de las heridas que tantos estragos causaban en los tejidos. Gracias a su gran dominio de la asepsia logró los éxitos quirúrgicos más altos y la práctica de las operaciones más atrevidas para su época. Su gran habilidad manual, su técnica sin cesar perfeccionada y su temperamento exquisitamente delicado le hicieron un verdadero artista, especialmente en la práctica de su bella especialidad. Entre las operaciones más notables por lo atrevidas para su época, sólo citaré la desarticulación de la cadera, así como la talla hipogástrica por un enorme cálculo vesical, practicadas en el año de 1889, obteniendo en ambas la cicatrización por primera intención.

En su especialización oftalmológica a la que consagró por completo el último tercio de su vida, citaré su gran habilidad y su precisión de técnica para la operación de la catarata, habiendo logrado en muchos casos extracciones *in toto*; la notable extracción del cisticerco sub-retiniano, perimacular practicada por primera vez en México; la blefaroplastia mereció de él muy profundos estudios que culminaron en su procedimiento especial para practicarla; la corrección del estrabismo, la iredictomía, la trepanación y aún la en apariencia insignificante operación para extirpar el pterigión, etc., son otras tantas herencias en las que sobrevive algo de su inmenso genio quirúrgico.

Señalamos antes su gestión en los Hospitales Militar y General, en donde logró conquistar una sólida reputación como notable director y organizador. El primero estuvo dirigido por D. Fernando López desde el 1º de diciembre de 1891 hasta la inauguración del Hospital General el 5 de febrero de 1905 en que se hizo cargo del gobierno de éste. Su labor administrativa unida a la científica en ambos planteles, es de aquellas que dejan memoria imperecedera de su paso, por su fecundidad y acierto. Citaré un solo dato como comprobación de mi aserto: uno de los médicos del Hospital «John Hopkins» de Baltimore solicitó una colección de la documentación implantada en nuestro Hospital General, especialmente lo relativo a estadística; algunos años más tarde, en ocasión de una visita hecha por el Dr. López al Hospital de Baltimore se encontró con que todos los modelos de documentación de nuestro Hospital habían sido adoptados en el John Hopkins.

En ambos Hospitales que tuvo bajo su dirección fundó sendas escuelas para enfermeras que aún están dando magníficos frutos.

El señor Doctor López tuvo otro puesto científico de importancia, el de Vocal del Consejo Superior de Salubridad en la Ciudad de México, encargado de la dirección técnica del Instituto Antirrábico cargo que desempeñó, igualmente, con singular competencia. Como recuerdo de su gestión, la sala de curaciones del mencionado Instituto se honrará desde hoy ostentando su nombre. Desempeñó también el cargo de Director del Servicio de Desinfección en donde implantó por primera vez en México, el procedimiento de desinsectización por medio del ácido cianhídrico.

El Doctor D. Fernando López fué por muchos años miembro de la American Public Health Association y en algunas reuniones fué nombrado Vicepresidente. Fué, también, miembro de la United States Military Surgeons Association. El Rey de España le otorgó la condecoración del Mérito Militar, Cruz de Primera Clase, el 3 de noviembre de 1899; también le fué conferida la medalla de la Cruz Roja Española. Fué el Doctor López inspirador y uno de los principales fundadores de la Asociación Mexicana de la Cruz Roja.

Tuvo la satisfacción de crear una nueva escuela quirúrgica, iniciando en ella a un grupo de escogidos entre los que tuve la alta honra de contarle, descollando entre ellos los hoy distinguidos Profesores Vélez, Villareal, Urrutia, etc. Todos recibimos de él con sus sabias y profundas enseñanzas, una generosa y noble ayuda en los principios tan difíciles de nuestra vida profesional; yo creo de mi deber rendirle en estos momentos el público tributo de nuestra personal gratitud.

He dado tan solo unas cuantas pinceladas para trazar los rasgos más salientes que puedan perfilar su gran figura. Me falta señalar la fisonomía

moral del ilustre ausente. Tomad un fondo de moralidad austera y profunda: revestido con los sentimientos de caridad exquisita, de la que podría decirse que se elevó al cielo como el humo de una grata ofrenda; y esto esmaltado por una honradez inmaculada en todos los actos de su vida; poned por encima de todos un amor inmenso, inmarcesible: amor para los suyos, amor para el prójimo y sobre todo para el desvalido, para el que sufre, que es el que caracteriza al verdadero médico; amor para su profesión que cultivó hasta sus últimos momentos, amor para sus discípulos, amor para su patria a la que honró fuera y dentro del país, y así tendréis idea de la personalidad moral del Doctor López.

Si es verdad, según la frase de famoso escritor, que los grandes hombres son a manera de columnas que marcan de trecho en trecho el camino de la Humanidad, es necesario que el ejemplo de los que han existido perdure hablando con su hermosa elocuencia; es menester que su memoria no se pierda, para que las generaciones que les siguen encuentren marcado un sendero que seguir y un bello ejemplo que imitar.

Si, señores, la memoria del Doctor Fernando López no se olvidará por que él se levantó así mismo, con sus obras, un monumento que será más duradero que el bronce.

DR. RAFAEL SILVA,

Jefe del Departamento de Salubridad Pública.